

DE BUENAS LETRAS

## Otero Silva

ANTONIO ENRIQUE

DE LA ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE GRANADA

**L**a carretera que une Moreda con Laborcillas es tan solitaria que hay, por este tiempo, que ir con cuidado de no atropellar a los pájaros que cruzan a bandadas la calzada. En las cunetas crecen millones de amapolas, las cuales se extienden por los campos en declive de las laderas; en un recodo, sin embargo, no es que se erijan entre los trigos que –según el romance– encañan entre mayo y junio, «cuando los enamorados van a servir a sus amores», sino en un macizo de alhucemas, de manera que el rojo se hace vértigo entre las gamas del azul de sus corolas y el tallo verde que las sustenta. Ni un alma hay en la aldea. Un perro meneando el rabo sale a nuestro encuentro. Es la hora del almuerzo y el resol da en las calles, que son mínimas en número y tamaño. Casas blancas, casas muertas, el sol. Soledad, sequedad, como en el verso de Machado camino de Baeza en tren, el mismo tren que pasa por aquí cerca. Y es cuando me viene a mente una novela que leí hace cuarenta y ocho años. Las mismas sensaciones de entonces: el sol en las calles desiertas, el sol vertical sobre las casas vacías. En uno

de tantos poblados de la comarca de Los Montes, donde se ha cebado la desertización humana.

Y es este sin duda uno de los milagros de la literatura. Creemos que olvidamos cuanto leemos, y puede que esto sea con el entendimiento. Pero lo que es la memoria, esta nunca descansa; dormita, simplemente. La novela se titula ‘Casas muertas’, y su autor, Miguel Otero Silva, venezolano, era para entonces –1965, cuando se publicó en aquellas ediciones, tan flexibles al tacto, tan maneras y correctas de Losada– un escritor de enorme valía; había cofundado El Nacional, diario puntero de Caracas, al tiempo que condecorado por los gobiernos francés e inglés por su apoyo a la causa aliada. Es una novela enjuta, prieta, ágil. Pero con una atmósfera densa, supurante, que no da tregua en ese sol que riel sobre las calles gravitando fuego, entenebreciendo los ánimos de quienes las habitan. Aquel pueblo se llamaba Ortiz, y moría de sed y paludismo, pero también de abandono, en el cuero seco de aquellas llanadas.

Este pueblo nuestro se llama Laborcillas,

y no tiene sino la casa cerrada de quien tal vez fue su cacique, y que sin embargo bien pobretona es, y una iglesia minúscula, que más bien parece un oratorio. Juan Rodríguez Titos, excelente escritor, nació aquí. Como no hay donde comer, ni siquiera un bar, hay que seguir. Más adelante está Pedro Martínez. Igual sol, la torre exenta de una iglesia que se incendió, con su reloj de carillón, y las calles un tanto animadas. En un restaurante, no me dejan entrar con mi perro, y como soy de los que piensan que «todos moros o cristianos», me voy a otro, sin acritud (está uno acostumbrado a este atraso). Aquí me encuentro con un muchacho a quien di clase de literatura hace años; nos saludamos y bromeamos: tras un rato de charla, en el que rehacemos la camaradería, le digo que lo que tiene que hacer es «buscarse novia y hacerse un hombre de provecho», lo que escucha con expresión taimada. Es electricista, pero un electricista que sabe hablar de Cervantes, del Lazarillo y de la Celestina. Y es cuando empiezo a sentirme bien. Un electricista, pongamos por oficio, que posea rudimentos literarios, no deja de ser, hoy, un lujo. Esta fue nuestra misión, la de tantos profesores rurales de instituto.

Por lo demás, qué delicia comer lo que te pongan, pues en estos pueblos lo de la carta no se estila. Y qué felicidad poder irrumpir en las vidas de quienes los habitan, y conversar con ellos. Tiene algo de mágico este llegar y montarse en marcha en la pequeña historia de los vecinos. Azorín lo hacía ya en su época. A su asistenta le hacía saber que marchaba «a los pueblos», y qué páginas nos ha dejado. Tiempo este de albores de estío donde recordar novelas de antaño. Otero Silva, esto es cierto, estaba allí.